JAMES EWING

1866 1943

Comentario sobre su personalidad

Por el Dr. P. A. Barcia

Quien, con sus estudios e investigaciones ha sido capaz de individualizar dentro de un grupo confuso de enfermedades, una entidad bien caracterizada clínica y anatómicamente, *ha contribuído al progreso de la Ciencia Médica.*

Con ser grande el título y excepcional, dado los pocos que entre la legión de investigadores llegan a obtenerlo, no es el único que presenta el Maestro que acaba de perder la Ceincia norteamericana.

Quien desde el comienzo de su carrera se siente dominado por la pasión del laboratorio y después de pasar años en Histología y en Anatomo-Patología, a pesar de encontrarse dominado por el entusiasmo por esas ciencias, percibe claramente que lo complejo del futuro exige que no se llegue a la especialidad, sino después de la generalización de los conocimientos; que no duda en dar un golpe de timón que lo lleve al mismo punto, pero después de pasar por la Clínica y la Patología General; que comprende la necesidad de hacer aprovechar al médico de las novedades de la Física, la Química y la Biología y de hacer llegar a los investigadores los hechos nuevos de la Clínica; que se ha preocupado de presentar en libros y trabajos todas las novedades, analizándolas con un fin práctico, *debe ser considerado como un contribuidor al progreso de la Cultura Médica, haciéndose acreedor al reconocimiento de sus colegas.*

Quien con esas ideas ha formado una Escuela, merece que se le reconozca como el Hombre que *marca una etapa de unión entre la Anatomía Patológica de fines del siglo XIX y la Histio-Fisio-Patología de nuestra época.*

James Ewing

Quien sintiéndose atraído desde su juventud por la incógnita del cáncer, pasa su vida estudiando los numerosos problemas que presenta, busca y aconseja vías de investigaciones; quien siendo de los primeros en apreciar que se trata de un mal que en sus comienzos es una enfermedad local y tiene, por lo tanto, probabilidades de cura; que convencido de esa verdad, se hace caballero de la cruzada que predica la educación al público para que consulte a tiempo y la del médico para que sepa aprovechar esas

consultas, *merece que se le recuerde como uno de los benefactores que han contribuído a aclarar el velo misterioso que todavía rodea los problemas del cáncer y merece que se le considere como uno* de los que ha hecho posible esos magníficos resultados positivos de los que se enorgullece la cirugía norteamericana, aumentando el número de personas, *ya en las garras del cáncer, que se ha podido disputar a la muerte.*

Seguir a Ewing en sus 50 años dedicados al Servicio de la Profesión Médica, sería inútil para valorar su obra de didacta en "Pro de la Cultura Médica", pero no tenemos tiempo para hacerlo en los 10 minutos que ha fijado el señor Presidente.

Hablar de su entusiasmo y dedicación infatigable es una redundancia, dado que son virtudes comprendidas en la definición de hombre de ciencia, pero en este caso conviene recordarlas porque no tuvieron decaimiento sino, muy al contrario, se exacerbaron, durante la inactividad o actividad reducida a que se vió obligado en los años de enfermedad. Y la conservación del entusiasmo en esas circunstancias es un exponente de condiciones que merecen admiración.

Se graduó en la Universidad de Columbia en 1893, fué Tutor e Instructor en Histología primero y en seguida Fellow en el Laboratorio de Pruden, que representaba la Escuela Alemana de Conheim, que a su vez era continuador de la Escuela del gran Maestro Virchow. El golpe de timón a que nos hemos referido, le hizo dividir su tiempo tratando de analizar todas las adquisiciones recientes de los nuevos campos de la investigación científica y aplicarlas al Diagnóstico Clínico y esa fué la mira que lo orientó en sus "Notas de Diagnóstico Clínico" publicadas en 1898. Esa tendencia a relacionar con la Clínica el Laboratorio, explica que lo veamos pretender y alcanzar la cátedra de Patología General de la Universidad de Cornnell en Nueva York. Allí encontrará las condiciones ideales para sus deseos de ensanchar los horizontes del Laboratorio en conexión con la Clínica y por eso se explica la numerosa producción personal y de sus compañeros que culminan en el tratado "Patología Clínica de la Sangre" que aparece en los primeros años de nuestro siglo. Se nota el mismo principo orientador: colocar a la altura del práctico los avances de las Ciencias de Investigación y mostrar al Investigador el estado a que ha llegado la Clínica.

No vamos a citar sus libros, monografías y trabajos, que a pesar de ser numerosos son pocos para juzgar su obra que está sobre todo en la Escuela del Memorial Hospital, del que, si sólo le tocó dirigirlo durante unos años, puede decirse que constituyó siempre el alma que lo ha llevado a transformarse en el primer Centro Mundial para tratamiento y estudio del cáncer.

Puede decirse que la divisa de esa Escuela ha sido la generalización de los conocimientos para llegar a la especialidad y en este sentido merecería que su obra fuera recordada continuamente en medios en los que todavía quedan Profesores que no abandonan el círculo de su especialización y jóvenes que, dejándose llevar por sus entusiasmos, se localizan en una rama sin comprender la necesidad de adquirir los conocimientos básicos necesarios.

En la literatura médica no se conservará el nombre de Ewing solamente por sus publicaciones personales. Hay un libro, un verdadero monumento científico dedicado al comentario de sus trabajos. Es el número de Enero de 1931 en los Annals of Surgery, en el que los más destacados cancerólogos de Europa y de América, escriben sobre temas que se refieren a sus ideas o a los trabajos que él inspirara. Es el mejor monumento que puede elevarse en vida a una persona y al recorrer los trabajos allí publicados se aprecia la cantidad de espíritus selectos dedicados con entusiasmo y cariño a continuar la obra de un maestro que siempre estudiaba, observaba y se preocupaba de orientar a quien deseaba investigar.

Nos falta analizar una de las faces de su vida de que ya hemos hablado: el creador.

En 1921 Ewing se presenta al Colegio Americano de Cirugía diciendo: "Creo que existe en los niños un tumor bastante común, frecuentemente identificado con los tumores osteogénicos y que suele diagnosticarse como sarcoma a pequeñas células redondas. En realidad no corresponde a ese grupo porque reconoce un origen distinto, tiene un cuadro clínico y una estructura que hace de él una enfermedad específica completamente diferente de los sarcomas".

Se ve al Anatomo Patólogo que no sólo conoce su especialidad, sino que domina la clínica y por eso su presentación asombra por la precisión con que había estudiado todas las manifestaciones.

El registro Americano de Sarcomas Oseos, formado por clínicos, cirujanos, anatomo patólogos y radiólogos no pudieron dejar de admitir la realidad de las descripciones de Ewing, porque cada uno en su especialidad, reconoció signos que él había visto en sarcomas que no merecían bien ese nombre. No era una novedad absoluta porque ya antes de Ewing se habían hecho descripciones más o menos explícitas de esos tumores, pero mal interpretadas y que aumentaban la confusión, en vez de facilitar la separación del grupo nebuloso.

Reconociendo la realidad clínica y anatómica pero no aceptando el concepto histológico que presentaba Ewing, puesto que al comienzo él pensó que se tratba de un endotelioma, el Comité decidió llamarle Tumor de Ewing.

En los 23 años transcurridos, mucho se ha discutido sobre el Tumor de Ewing, mismo podría decirse que constituyen un ejemplo de las absurdas discusiones que se tienen entre médicos porque, no pudiéndose poner de acuerdo sobre todos los puntos, había quien negaba todos.

No seguimos analizando la entidad que lleva su nombre puesto que nos parece mejor ceder el sitio a Caubarrère y Cassinoni que están anotados en la orden del día para tratarlos especialmente.

Para concluir el comentario de su obra vamos a insistir en dos puntos: en la serie de Museos que ha contribuído a formar con el deseo de crear y de continuar desarrollando la Histo-fisiopatología y su contribución a la llamada campaña contra el cáncer.

En la creación del Registro de Tumores del Colegio Americano de Cirugía su influencia es reconocida por todos lo mismo que su preocupación para que siempre se continuaran catalogando los casos con sus historias clínicas, sus resultados histológicos, sus piezas anatómicas y el estudio de las sobrevidas. Continuó trabajando en él hasta pocos meses antes de que se internara en una sala de ese mismo Memorial Hospital y de la que ya no debía salir con vida.

Fué también el inspirador del Museo de Tumores de la Visión, del de los Neoplasmas Linfáticos, del del Cáncer de la Vejiga y del Museo de Guerra del Ejército Americano de Wáshington que comenzara en ocasión de la primera guerra mundial y del que continuó preocupándose hasta hace pocos años.

Sintiendo la necesidad de contribuir a la Campaña de Lucha contra el Cáncer fué de los fundadores y primeros presidentes de la Sociedad Americana del Control del Cáncer, que es el nombre que lleva en el gran país del Norte la lucha contra el Cáncer. Ha escrito gran cantidad de monografías explicando al pueblo lo que es el cáncer y cuales son las primeras manifestaciones que deben llevar a consultar a un médico, ha sostenido polémica sobre la utilidad o el peligro de ese exceso de propaganda capaz de suscitar preocupaciones en ciertos espíritus demasiados inclinados a la preocupación.

Poco antes de su última visita a estos países americanos, en el 41, la Asociación Médica Americana le hizo un homenaje en vida y al otorgarle la medalla de Servicios Médicos Distinguidos se le entregó un diploma en estos términos "en reconocimiento de sus largos y distinguidos servicios como Investigador y como Maestro, por sus contribuciones eficientes a la literatura médica y sus repetidas y exitosas inspiraciones a los jóvenes investigadores".